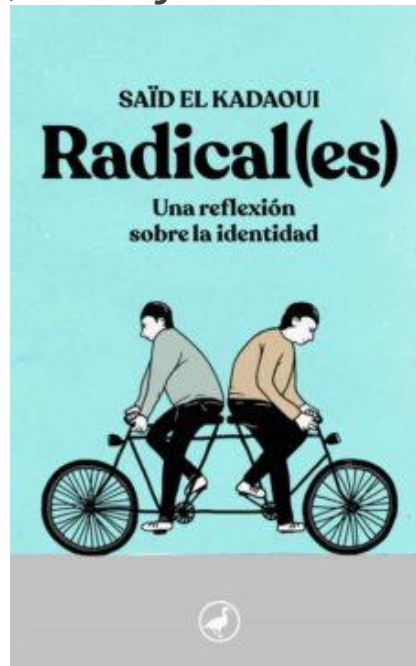


Reseña-comentario.
A propósito del libro de
Saïd El Kadaoui
Radical (es). *Una reflexión sobre la identidad.*



Barcelona: Catedral, 2020

Realizada por Francesc Sáinz Bermejo¹

En el libro del Saïd El Kadaoui confluyen las vivencias personales del autor, con una inusitada capacidad para la reflexión que le permite abordar temas de gran complejidad con un estilo sencillo y a la vez profundo. Es un libro sobre identidades personales, familiares y grupales, íntimamente ligadas a la pluralidad cultural, a las vivencias y a los vínculos afectivos. Es respetuoso con los valores socialmente construidos, con las tradiciones y las religiones, pero a la vez es crítico con cualquier tipo de dogmatismo y de fundamentalismo.

La incesante búsqueda de la identidad en la que nos embarcamos los seres humanos desde el inicio de la vida solo termina con la muerte. Formamos parte de un todo del que necesitamos diferenciarnos para poder sentir y pensar en primera persona. Lo que llamamos individualidad en el sentido absoluto, no existe. Sin embargo, al mismo tiempo, estamos

¹ Sáinz Bermejo, F. (2021). Reseña-comentario a propósito del libro de Saïd El Kadaoui "Radical(es). Una reflexión sobre la identidad". *Clínica e Investigación Relacional*, 15 (1): 289-XX. [ISSN 1988-2939] [Recuperado de www.ceir.info] DOI: 10.21110/19882939.2021.150116

solos. La paradoja está servida, nacemos, vivimos y morimos solos, pero necesitamos de los otros para transitar por los procesos vitales. Aunque acompañados, nadie puede enfrentar por nosotros los desafíos que la vida nos propone a lo largo del camino.

Saïd nos trae en este libro la idea de que la identidad necesita de las raíces que le permiten crecer y desarrollarse, es decir, de la radicalidad. Juega con la polisemia de lo que significa radical, contundente, extremo, profundo y, al mismo tiempo, aquello que es esencial para el crecimiento personal y colectivo. Necesitamos asentarnos en unos cimientos sólidos desde los cuales se edifica nuestro self. Quizás se hace necesario precisar que no hay un solo self, sino muchos o, si prefiere, podemos decir que cada ser humano dispone de un self con muchas facetas y matices. No somos una esfera compacta, geoméricamente perfecta, en todo caso somos un poliedro de formas desiguales con aristas y formas cambiantes.

El humano puede ser uno mismo a pesar de los cambios, sin embargo, en sintonía con el autor, quiero añadir que los cambios también nos cambian, nos transforman. De la misma manera que los lugares y sus gentes nos impregnan de sensaciones, sentimientos y de nuevos estados emocionales.

Las memorias explícitas e implícitas son el colágeno que nos dan fe de aquello que permanece en nuestra ansiada identidad. Saïd nos habla de que la identidad es un proceso en movimiento y cambiante a lo largo de la vida, a la vez que hay algo esencial que permanece a lo largo del tiempo.

En palabras de Saïd:

“Soy un individuo único que sigue siendo el mismo a pesar de los cambios y que pertenece a los lugares que habita. Este es el sentimiento que, según los Grinberg, deberían experimentar las personas con una identidad sólida. Sin embargo, al emprender una migración externa, la persona acomete también una migración interna, que puede alterar esta arquitectura tan sutil” (pag. 77).

La identidad representa un sistema cambiante con factores que se combinan y se influyen entre sí de forma multidireccional. No solo las grandes etapas de la vida son cesuras de nuestra identidad, sino las vivencias y dinámicas relacionales que acontecen en cada momento de nuestras vidas.

Los seres humanos somos frágiles y muy necesitados, por lo que tenemos tendencia a buscar verdades que nos produzcan la sensación de solidez y nos disipen las dudas. Tener una pertenencia a un lugar y a un grupo, nos otorga la identidad que necesitamos para sentir que somos alguien. Necesitamos pertenencias y referencias, como muy bien queda reflejado

en los adolescentes que se sienten con múltiples identidades según con quien se relacionen y en lugar donde sea que se encuentren.

El libro de Saïd trata con mucha claridad el tema de la exclusión social ligada a la intolerancia y al desconocimiento del otro. Como también digo en el epílogo que he escrito para este libro, cuanto más alejamos al otro de nuestra órbita de conocimientos y de sentimientos, lo convertimos en más extraño y ajeno. La enajenación y la alienación tienen que ver con la locura y con el sentimiento de no ser o no estar dentro de uno mismo o allá donde corresponde estar. Si el entorno no te reconoce con entidad propia te conviertes en un otro desprovisto de identidad. Según como son las miradas de los autóctonos hacia los migrantes, pueden producir este efecto devastador de no ser reconocidos como sujetos, o lo que es peor, el emigrante puede ser mirado como alguien peligroso, “non grato”, que es necesario no validar para que no se apodere de lo que es tuyo. Este es el discurso xenófobo que utiliza la extrema y no tan extrema derecha. Expulsar al extranjero, no otorgarle identidad territorial y tratarle como un objeto sin derechos, apacigua el miedo de muchos sujetos bien asentados de que no van a ser despojados de sus bien merecidos derechos. Las guerras acontecidas a lo largo de la historia se llevan a cabo a través de una despersonalización descarnada de las gentes. El enemigo no es una persona, sino un objeto a abatir; ya no es un semejante, es un otro, desprovisto de identidad. Las estadísticas, el número de muertos, de heridos, de ciudades y pueblos derrumbados se transforman en un amasijo gélido de datos deshumanizados. Dice Saïd que “los hijos de los migrantes que viven en Europa no se sienten europeos, y los jóvenes musulmanes en general no se sienten ciudadanos respetados en sus propios países. A unos, sus países los abandonan o los expulsan y a los otros, no los acogen. Como mucho, los toleran” (pag.30)

Cierto es que pertenecemos a un lugar en el que hemos nacido o vivido y a un tiempo, pero no somos los únicos propietarios ni del tiempo, ni del espacio en el que nos encontramos. En realidad, podríamos afirmar que el planeta no es propiedad de nadie, somos en todo caso sus inquilinos y todos tenemos derecho a encontrar un lugar mejor para vivir.

Los que llamamos los otros, somos también nosotros. Todo depende del punto desde el que uno mira y desde el lugar desde el que cada uno se encuentra.

Saïd nos habla de sus orígenes, de su condición de niño nacido en Marruecos en Beni-Sidel, donde descansan los restos mortales de su padre, Segangan, la pequeña ciudad donde sus padres se habían construido una gran casa y Nador, la capital económica del Rif. Se considera a sí mismo un europeo musulmán emigrado de Marruecos, agnóstico y laico, que no ha querido renegar de una de sus herencias, la musulmana. Al mismo tiempo es capaz de

decir que el islam necesita subirse al carro de los principios seculares en los que se basa el mundo moderno, si realmente quiere avanzar y derrotar el fanatismo. La crítica de Saïd está dirigida hacia la intolerancia y la rigidez de pensamiento. Afirma que ninguna religión debería ejercer un dominio extremo sobre la ciudadanía. Al mismo tiempo también afirma que es necesario valorar los muchos aspectos culturales y la riqueza que el islam ha aportado al mundo en la literatura, la filosofía, las artes.

El libro es un canto a la pluralidad de ideas, de matices, de selfs, de identidades personales y compartidas. No es un libro a favor de las dicotomías polarizadas y paralizantes, tampoco es un alegato a la relatividad absoluta de las ideas. Es un libro comprometido y sincero que pretende escudriñar las razones del sufrimiento humano individual y colectivo. Establecer los elementos necesarios para la comprensión de lo que desconocemos, permite desarrollar las capacidades empáticas y contribuir en la disminución del malestar. Saïd es un psicólogo que ejerce de psicoterapeuta de adultos y de jóvenes, especialmente dedicado a adolescentes con dificultades y sufrimientos extremos. Su experiencia clínica se hace notoria en el libro, como su condición de escritor y novelista, sin olvidar su trabajo como docente en la formación de psicoterapeutas, además de ser un lector consumado en diferentes áreas del conocimiento.

Para nuestro autor es importante establecer un diálogo plural no dicotómico en el que la principal función sea la escucha del otro y de uno mismo. La ignorancia en el conocimiento de los valores ajenos lleva inexorablemente al dogmatismo y a no mirar las dificultades propias. La identidad no se construye en oposición al otro, sino en la integración de muchos otros que habitan en el sujeto. El libro que comentamos representa la confluencia de muchos saberes y vivencias, sentires y pensares, recoge muchas aportaciones de otros autores y pensadores, propone muchos elementos que estimulan la reflexión, la observación y el análisis de fenómenos complejos. Es también una defensa sobre los vínculos afectivos seguros que son la base para construir una salud mental suficientemente buena en la que se incluye la crítica sincera y la autocrítica. La servidumbre a las doctrinas inamovibles suele traer consecuencias que tienen que ver con la intolerancia y la rigidez.

Saïd aprendió de su abuelo paterno a recitar la *fatihá*, la primera de las azoras del Corán 255, lo que da valor a la importancia vincular que tienen las experiencias afectivas. Su padre emigró a Catalunya mientras la madre y sus hermanos permanecieron en su tierra. Un tiempo después toda la familia se reagrupó en el lugar de acogida. Los vínculos afectivos con su familia estuvieron vivos y firmes durante todo el periplo migratorio, Saïd, sin embargo, conoce muy bien lo que es sentirse extranjero en el nuevo lugar y sentirse a veces foráneo en el lugar de origen. Cuando los vínculos con la familia se confeccionan a través del amor, se

convierten en la base segura. Se puede entonces partir, sin tener que degradar el origen ni idealizar el lugar de llegada. Aquí reside una de las aportaciones más importantes del este libro. El emigrante puede reconocer las limitaciones y dificultades de su lugar de origen, ser respetuoso, pero también mostrar sus discrepancias, incluso sus enfados; a la vez que puede reconocer aquello que ha recibido y que representa su patrimonio afectivo y cultural. Se puede ser crítico y agradecido con lo que dejamos, con lo viejo y también con lo nuevo. Suele ser un síntoma inequívoco de conflictos enquistados, el hecho de que una persona no sea capaz de amar y valorar algo de lo que el nuevo lugar de llegada le ha proporcionado. También suele ser preocupante que no pueda hacerlo del lugar que le vio nacer. Bien cierto es, al mismo tiempo, que muchos sufrimientos de personas que buscan refugio en algún lugar ajeno a su origen, lo hacen porque éste les ha hecho sufrir más de lo que es posible aguantar. La posibilidad de encontrar nuevos lugares donde vivir es un derecho que atañe a la humanidad entera. Saïd explora los momentos de duelo inherentes a todo proceso migratorio y al vivir mismo.

La vida es un viaje por el que acontecen muchos momentos de duelo. Las separaciones y las pérdidas forman parte del proceso evolutivo. Los vuelos nos enfrentan a sentimientos complejos, ponen a prueba todo aquello que se ha recibido y abren la posibilidad de ampliar nuestro mundo relacional y experiencial. Deben ser elaborados suficientemente para que la vida pueda ser vivida de forma satisfactoria para uno mismo y para los seres con los que nos relacionamos.